

## FESTIVIDAD DE SAN FERNANDO 1992

En este año de 1992, tras ver publicado a finales del pasado el número 300 de nuestra revista —treinta años—, y tras haber celebrado, en Sevilla y sobre el V Centenario del Descubrimiento y la Evangelización de América, la XXX Reunión de amigos de la Ciudad Católica, la habitual reunión en honor de nuestro patrón San Fernando ha venido tocada de cierto aire festivo.

La Santa Misa fue celebrada, en el Convento de Santo Domingo el Real, por el padre Victorino Rodríguez, O. P. El P. Victorino, siempre tan delicado con nosotros, nos volvió a dar una muestra de su generosidad. En su homilía, tras glosar los textos litúrgicos en cotejo con la filosofía y teología de Santo Tomás de Aquino, tuvo también unas cariñosas palabras para nuestra labor. Nuestra gratitud al eximio amigo.

Luego, los amigos que iban llegando al «Manila» para la tradicional cena se encontraron con la sorpresa de una novedad editorial: *Cuando se rasga el telón*, el libro verdaderamente excepcional de Luis María Sandoval. Quienes hacemos *Verbo* siempre lamentamos lo que tarda Luis en sacar piezas de su telar, pero una vez han nacido no podemos sino congratularnos de la espera.

A los postres, y no sin que el *speaker* repasara los libros de *Speiro* que últimamente han visto la luz —*Juan Pablo II y los derechos humanos*, *Cuestiones de bioética*, *La información*, *Estudios de antropología teológica*, además del recién mencionado—, hicieron uso de la palabra nuestros queridos amigos Juan Cayón y Julián Gil de Sagredo. Una vez más, esta vez en sus personas, se demostró la esencial coincidencia en la obra de la Ciudad Católica por encima de generaciones. Así, Juan Cayón, una de nuestras últimas y brillantes adquisiciones —estoy seguro de que no ha pasado inadvertida la aparición de su firma en *Verbo*—, puso la nota entusiasta y juvenil, al tiempo que Julián Gil de Sagredo, con su peculiar y hasta apabullante estilo, nos hablaba desde la perseverancia. Entusiasmo y perseverancia que han de recorrer de consuno nuestras vidas, si no queremos fallarle a Dios Nuestro Señor siendo infieles a la vocación que nos ha dado.

A continuación, y de acuerdo con la costumbre de tantos años, reproducimos los discursos. Ello nos hace gracia de pretender glo-

sarlos o resumirlos, al tiempo que permite a aquellos que no nos pudieron acompañar sumarse de este modo a la celebración.

M. A.

## DISCURSO DE JUAN CAYON

Queridos maestros y compañeros, queridos amigos:

*Es para mí un inmenso honor el dirigirme a vosotros con ocasión de la Festividad de nuestro patrono San Fernando que celebramos hoy con tres días de adelanto, pero antes de nada debo solicitar vuestra comprensión, pues, como bien sabéis quienes habéis pasado por este trance, es difícil y me atrevería a decir que hasta pretencioso, intentar ser original o al menos contaros algo que no dominéis mucho mejor que quien os habla. Desde aquí mis disculpas por anticipado.*

*No obstante, y como quiera que siguiendo con lo que se va a convertir en tradición a juzgar por lo que Miguel Ayuso nos contaba: el año pasado y este año he experimentado yo mismo, me «ha tocado» dirigiros la palabra aunque sólo sea por faltar a la reunión de los martes; procuraré al menos ser breve en mis reflexiones para no aburrirlos demasiado.*

*Echando un vistazo a los discursos de años anteriores recogidos en la colección de Verbo, uno se encuentra con el estudio de la figura de San Fernando desde casi todas las perspectivas posibles. Algunos se centraron en los datos histórico-biográficos, otros en resaltar las virtudes del santo; casi todos buscaban y en buena medida lo conseguían, parangonar la situación de cada momento en un campo concreto con aquella que sería más acorde con la Doctrina de la Iglesia para poder así clarificar nuestros objetivos y metas como pretendientes que somos del Reinado de Cristo en la tierra.*

*No voy a hacer yo otra cosa, coincidiendo además con un año tan celebrado como es en el que estamos. Sin entrar por ahora en algunos de los motivos de verdadera celebración para nosotros a los que más tarde haré referencia, en efecto, 1992 se ha convertido en un año clave para España, o lo que queda de ella, y así nos lo recuerdan, por doquier, en la prensa, radio y televisión con insistencia ya demasiado reiterativa. En Sevilla la Exposición Universal, en Barcelona los Juegos Olímpicos y Madrid es ni más ni menos que la Capital de la Cultura de eso que llaman Europa, pero todo ello, carente de verdadero contenido porque se lleva a cabo sin contar con Dios. San Fernando nos enseñó cómo el único centro de nuestra vida debe ser Dios, y es El, Dios, quien debe orientar nuestro proceder en todo lo que hagamos, como orientó en todo momento la vida y muerte de nuestro único rey santo. Así lo han entendido tradicionalmente nuestros gobernantes y así lo ha enseñado siempre nuestra madre la Iglesia, siendo asumido de generación en generación por España entera. Sin embargo, hoy, basta con revisar por encima algunos de los aspectos más importantes la «civilización» imperante para darnos cuenta de que hemos dejado de lado al Creador para adorar a los nuevos becerros de oro que desde las páginas de nuestra revista han sido tantas veces recolocados en la posición que les corresponde.*